



**LOS AÑOS ITINERANTES DE
WILHELM MEISTER**

GOETHE

«Para ver y para pensar me puse en camino» —escribe nuestro protagonista— *«no me está permitido pernoctar bajo el mismo techo durante más de tres días»*.

LOS AÑOS ITINERANTES DE WILHELM MEISTER, versión definitiva de 1829, es una de esas obras que ponen muy a prueba la paciencia del lector, mezclando poemas, cartas, relatos y listas de aforismos dentro de la novela.

Goethe moriría en 1832, pero básicamente su ideal de formación quedó plasmado en estas páginas.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

LA HUIDA A EGIPTO

A la sombra de una imponente roca estaba sentado Wilhelm, estaba en un lugar sobrecogedor y privilegiado, un lugar en el que el empinado sendero que llevaba por aquellos montes se arqueaba y se precipitaba abruptamente a lo hondo. El sol aún estaba a buena altura e iluminaba las copas de los pinos hincados en el abismo rocoso que se abría a sus pies. Estaba anotando algo en su pizarra, cuando Félix, que andaba trepando por allí, se acercó a él con una piedra en la mano.

—¿Cómo se llama esta piedra, padre? —preguntó el niño.

—No lo sé —repuso Wilhelm.

—¿No será oro lo que brilla tanto? —dijo aquél.

—No, no lo es —contestó éste—, y ahora recuerdo que la gente suele llamarlo oro de gato^[1].

—¿Oro de gato? —dijo el niño sonriendo—. ¿Por qué?

—Probablemente porque es falso y piensan que los gatos son falsos también.

—Lo tendré en cuenta —dijo el niño guardando la piedra en una mochila de cuero. Sacando acto seguido algo más, preguntó—: ¿Qué es esto?

—Un fruto —respondió el padre— y a juzgar por su superficie escamosa debe de estar emparentado con las piñas.

—Pero no parece una piña, es redondo.

—Vamos a preguntarle a los cazadores. Ellos conocen el bosque y todos sus frutos, saben sembrar, plantar y esperar,

luego dejan que crezcan los tallos y se hagan tan altos como puedan.

—Los cazadores lo saben todo, ayer el guía me mostró cómo un ciervo había atravesado el camino. Me hizo volver sobre mis pasos para que viera la pista, como ellos lo llaman, entonces vi claramente marcadas en el suelo dos pezuñas. Debía de ser un ciervo muy grande.

—Ya noté cómo le consultabas al guía.

—Él sabe mucho aunque no es cazador. A mí me gustaría ser cazador. Es bien bonito pasar el día en el bosque escuchando el canto de los pájaros y saber cómo se llaman y dónde ponen sus nidos, cómo se les roban los huevos o los polluelos, cómo se los alimenta y cómo se atrapa a los más adultos. Todo eso es muy divertido.

Apenas hubo dicho todo esto, por el empinado sendero que bajaba a sus pies, se produjo una singular aparición. Dos niños hermosos como el día y vestidos con vistosas chaquetillas, que uno hubiera tomado por camisas cortas anudadas iban bajando dando un salto tras otro. Wilhelm tuvo la oportunidad de observarlos con detenimiento, cuando ellos se detuvieron, se apoyaron en la pared y le echaron una mirada. En la cabeza del mayor de ellos se agitaban unos rizos tupidos y rubios tan atractivos que obligaban a dedicarles la primera mirada; luego se fijó en sus ojos de un azul claro y finalmente en su buena figura. El menor que parecía más un amigo que un hermano del otro estaba adornado por una cabellera marrón y fina que descansaba sobre sus hombros y cuyo color parecía reflejarse en sus ojos.

No había tenido tiempo de acabar la contemplación de aquellos dos seres singulares que habían aparecido de la naturaleza, cuando una voz masculina que parecía salir de una de las esquinas de una roca gritó con seriedad, pero amigablemente:

—¿Por qué estáis ahí detenidos? No nos cortéis el paso.

Wilhelm miró hacia arriba y si haber visto a aquellos niños le había sorprendido, lo que ahora se ofreció ante sus ojos le llenó de asombro. Un hombre recio y vigoroso de estatura mediana, vestido con ropa cómoda, de tez morena y cabellos negros descendía por el sendero con energía y con precaución a la vez, iba guiando por sus riendas a un asno, que primero mostró su cabeza de animal bien alimentado y bien cuidado y luego dejó ver la bella carga que portaba. Se trataba de una mujer delicada y encantadora que iba sentada sobre una confortable silla colocada sobre el lomo del animal. Envuelto en el manto azul que vestía llevaba a una criatura de unas pocas semanas de edad a la cual apretaba contra su pecho y de la que cuidaba con solícita atención. El guía hizo lo que los niños: nada más ver a Wilhelm se detuvo. El asno acortó el paso, pero como la pendiente era abrupta, a los viajeros no les fue posible detenerse y Wilhelm contempló asombrado como desaparecían tras el muro rocoso.

Era lo natural. Nada podía ser más natural. Era precisamente esa extraña visión la que lo había arrancado de sus reflexiones. Lleno de curiosidad se puso en pie, y miró en los adentros del abismo por si volvía a ver algo. Y justo cuando estaba a punto de descender para saludarlos, vino Félix junto a él y le dijo.

—Padre, ¿no podría ir yo con esos niños a su casa? Quieren llevarme consigo. Tú también debes venir. Me lo ha dicho el hombre. Ven, allí abajo nos aguardan.

—Hablaré con ellos —repuso Wilhelm.

Los encontró en un lugar donde la pendiente era menos severa y entonces su mirada quiso apoderarse de aquellas maravillosas imágenes que tanto habían atraído su atención. Sólo llegado ese momento pudo observarlos con detalle. El hombre, joven y robusto, llevaba un hacha bruñida así como una larga y tambaleante escuadra de hierro colgadas de la espalda. Los niños empuñaban manojos de cañas que parecían palmas; y si así se asemejaban a los ángeles,

además llevaban a rastras pequeños cestitos con alimentos lo que los hacía parecidos a los habituales recaderos que iban de un lado a otro de la sierra. Como también la madre llevaba bajo su manto azul una túnica color rosa pálido, a nuestro amigo le parecía tener realmente ante sus ojos, la huida a Egipto, que tantas veces había visto en cuadros^[2].

Se intercambiaron saludos y como Wilhelm, asombrado y absorto, no podía articular palabra, dijo el hombre joven:

—Nuestros hijos se han hecho buenos amigos al instante. ¿Quiere usted comprobar con nosotros si también puede surgir una buena relación entre los adultos?

Wilhelm pensó por unos instantes su respuesta y dijo:

—El aspecto de su pequeño grupo familiar despierta confianza y simpatía aunque también, y no quiero dejar que pase un momento más sin confesárselo, me provoca curiosidad y un vivo deseo de conocerlos a ustedes mejor. Pues nada más verlos a ustedes, la primera pregunta que a uno se le ocurre es si ustedes son auténticos viajeros o por el contrario son seres espirituales que se dedican a deparar el gozo de dar vida con su agradable aparición a estas inhóspitas montañas.

—Entonces, vengan con nosotros a nuestra morada —dijo aquél.

—Sí, sí, vengan con nosotros —exclamaron los niños.

—Vengan con nosotros —dijo la mujer dejando por un momento de dedicarle toda su tierna atención a la criatura para mirar a Wilhelm.

Sin titubear dijo Wilhelm:

—Siento no poder acompañarlos ahora mismo. Al menos esta noche tengo que pasarla ahí arriba en la casa de aduanas. He dejado allí mi abrigo, mis documentos, y todo lo demás sin haberlo empacado y de un modo descuidado. Sin embargo, para demostrarles que deseo aceptar su invitación, les dejo a mi Félix en prenda. Mañana estaré con ustedes. ¿Está muy lejos su morada de aquí?

—Antes de la puesta de sol estaremos en nuestro hogar —dijo el carpintero— y desde la casa de aduanas hasta allí hay hora y media de camino. Su hijo aumentará el tamaño de nuestra familia durante esta noche y mañana le esperamos a usted.

El hombre y el animal se pusieron en marcha. Wilhelm miró a Félix sintiendo complacencia por verlo en tan buena compañía. Se puso a compararlo con los dos ángeles con los que tanto contrastaba. No era muy alto para su edad, pero era robusto, ancho de pecho y de hombros, en su naturaleza había una singular mezcla de señorío y solicitud. Ya había empuñado un ramo de palma y un cestito con lo que parecía replicar a los otros dos. Ya parecía que la comitiva iba a desaparecer detrás de una pared de roca, cuando Wilhelm reunió todas sus fuerzas para gritar:

—¿Cómo preguntaré cómo encontrarlos?

—Pregunte por San José —se oyó desde la lejana profundidad, y toda la imagen desapareció tras una sombra de tonos azules. Un canto piadoso y polifónico resonó en la lejanía y Wilhelm creyó distinguir la voz de su hijo Félix.

Se puso a escalar y se demoró en su camino hasta la caída de la noche. El firmamento, que más de una vez había desaparecido de su vista durante su escalada, volvió a iluminarlo y todavía era de día cuando llegó a su albergue. Una vez más volvió a disfrutar del panorama que le ofrecían las montañas y se retiró a su habitación, donde, tomando la pluma, estuvo escribiendo durante parte de la noche.

WILHELM A NATALIE

He llegado finalmente a la cima, a la cima de estas montañas que nos imponen un alejamiento más severo y dilatado que todo el territorio que nos separa. Mi sentir me dice que permanecemos en la proximidad de aquellos que amamos mientras que haya corrientes que, surgiendo de nuestro interior, nos lleven a ellos. Aún hoy puedo imaginar que esta rama que dejo caer en este arroyo del bosque podría ir hacia ti y dentro de poco podría arribar a tu jardín. Del mismo modo a nuestro espíritu le resulta más sencillo ir cuesta abajo para hacer llegar sus imágenes y a nuestro corazón para verter sus sentimientos. Sin embargo, me temo que allá abajo se levanta un dique a nuestra imaginación y a nuestra sensibilidad. Sin embargo es muy posible que lo que esté diciendo sea el resultado de una prematura inquietud, pues, ¿por qué ha de ser allí todo diferente que aquí? ¿Qué podría separarme de ti, de ti, para quien estoy llamado a pertenecer por la eternidad? ¿Qué podría separarme, a pesar de que un destino extraño me haya sellado el cielo cuando tan próximo me hallaba a cruzar su umbral? Voy a tener serenidad para esperar, mas nunca la habría alcanzado si tu boca no me la hubiera procurado, si tus labios no hubiesen actuado en aquel decisivo momento. Hasta me habría podido liberar si no se hubiera tejido el perenne lazo que nos une por un tiempo concreto y por la eternidad. Mas me parece que estoy olvidando que no debo hablar de esto. No quiero conculcar los dulces votos que te prometí cumplir. Esta cumbre será el último lugar en el que

pronuncie la palabra separación. Mi vida ha de ser un tránsito. He de cumplir las especiales obligaciones que le corresponden al que está en tránsito y he de superar pruebas exclusivamente destinadas para mí. Cuántas veces me sonrió cuando vuelvo a leer las condiciones que la Asociación^[3] me ha impuesto y que yo mismo he asumido. Hay algunas normas que respeto y otras que transgredo; pero tanto para tomarme ciertas libertades como para volver al camino lo más válido para mí es este pliego, este documento de mi última confesión, de mi última absolución, de hecho me resulta mucho más válido a este efecto que una estricta conciencia. Gracias a que me vigilo, mis errores no se precipitan unos tras otros como las aguas de un torrente.

Sin embargo, quisiera confesarte de buen grado que con frecuencia me admiro de esos maestros y guías de la humanidad que sólo les instan a sus pupilos a obligaciones exteriores y mecánicas. Así hacen la vida sencilla a ellos y a sus semejantes. Pues precisamente esa parte de mis obligaciones, que antes me parecía la más ardua y la más caprichosa, es la que ahora observo con más facilidad y con más agrado.

No me está permitido pernoctar bajo el mismo techo durante más de tres días consecutivos. Una vez que he abandonado un cobijo, el siguiente debe hallarse al menos a una milla del que dejé. Estos imperativos están pensados para que los años de mi vida sean años itinerantes y para evitar que no se despierte en mí ni la más mínima intención de afincarme en ningún lugar. Me he plegado tan bien a esta obligación, que ni siquiera he tenido necesidad de apurar mi estancia en un lugar. De hecho esta es la primera vez que me quedo, la primera que duermo hasta una tercera noche en la misma cama. Desde aquí te envío algo de lo que he percibido, contemplado y asimilado, y de aquí partiré a la casa de una singular familia, de una sagrada familia casi habría que decir. Sobre ella leerás más en mi diario. Ahora, salud, dejo en este momento la escritura con el sen-

timiento de que quiero decirte algo, algo que siempre me digo y me repito, pero que no quiero decir ni repetir hasta que tenga la suerte de ponerme a tus pies y de llorar todas estas privaciones que estoy sufriendo mientras te beso las manos.

A la mañana siguiente.

Ya todo está preparado. El guía mete la talega con mi ropa en el canasto que lleva a las espaldas. Todavía no ha salido el sol, de todas las gargantas emerge la niebla, pero, allá arriba, el cielo está despejado. Bajamos a los oscuros valles, que el sol que estará sobre nosotros no tardará en iluminar. Déjame enviarte un suspiro más. Déjame volver a acompañar tu recuerdo de una lágrima. Estoy resueltamente decidido. Ya no vas a escuchar más quejas, sólo vas a tener noticias de lo que le ocurra al viajero. Sin embargo ahora que quiero cerrar la escritura se entremezclan en mi mente miles de pensamientos, deseos, esperanzas y proyectos. Afortunadamente me están apremiando. El guía me está llamando y el hospedero está arreglando la habitación en mi presencia. Se comporta como si ya me hubiera marchado. Me recuerda a esos herederos codiciosos que no ocultan al moribundo los preparativos que ultiman para repartirse sus bienes.

CAPÍTULO SEGUNDO

SAN JOSÉ II

El viajero, siguiendo los pasos de su guía, ya había dejado tras de sí las escarpadas rocas, ya transitaba por una región de relieve más moderado. Después de ir siempre avanzando pasando por bosques en muy buen estado y agradables praderas, llegaron a una pendiente desde la que se podía divisar un valle cultivado con esmero y rodeado de colinas. Había enclavado en éste un monasterio, que llamaba la atención. El edificio estaba aproximadamente en su mitad reducido a ruinas y en su otra mitad bien conservado.

—Esto es San José —dijo el guía—, es triste que una iglesia tan bella se encuentre en ese estado. Se pueden ver columnas y pilares bien conservados entre la maleza y los árboles y sin embargo hace años que esta iglesia es un montón de ruinas.

—Por el contrario el monasterio todavía tiene un buen aspecto —repuso Wilhelm.

—Cierto. En el edificio habita un administrador que dirige la explotación de la hacienda y recoge rentas y diezmos.

Mientras iban diciendo estas palabras, habían cruzado una puerta abierta y habían accedido a una amplia plaza rodeada de edificios sólidos y bien conservados, lo cual hacía intuir que se hallaban en el lugar de morada de una serena comunidad. De pronto vio a su Félix y a los dos ángeles del día anterior en torno a un cesto detrás del que estaba una rústica y fornida mujer. Tenían la intención de comprar cerezas, y Félix que siempre llevaba algo de dinero consigo estaba regateando el precio. Aquello le permitió hacer de an-

fitrión siendo huésped, repartió generosamente fruta entre sus dos amigos de juegos. Al padre de estos le resultaba agradable pasear por aquellos bosques incultos y musgosos en los que de pronto aparecían acá o allá brillantes frutos llenos de belleza. La vendedora dijo que ella traía aquellas frutas de un gran huerto lo que le permitía ponerles un precio aceptable, ese que a los compradores les había parecido un tanto elevado. Los niños dijeron que el padre vendría pronto e invitaron a Wilhelm a pasar a la sala para que allí descansara.

Qué sorprendido se sintió Wilhelm cuando los niños lo llevaron a ese lugar que llamaban la sala. Directamente desde la plaza nuestro viajero entró por una gran puerta, lo que le hizo acceder a una muy pulcra y bien conservada capilla, la cual, tal como estaba comprobando en este momento había sido destinada a uso doméstico de la vida cotidiana. En una de las alas había una mesa, un sillón, varias sillas y bancos, en la otra ala había un aparador tallado que contenía loza de colores, jarras y vasos. No faltaban ni los armarios, ni los baúles. Todo estaba tan ordenado que no le parecía al invitado propio de la vida doméstica y cotidiana. La luz caía de una ventana alta situada en uno de los laterales. Sin embargo lo que más excitó la imaginación del viajero fueron unas pinturas de colores realizadas sobre la pared. Las pinturas estaban debajo de los ventanales y se encontraban a media altura, eran como tapices que se sucedían uno a otro en las tres partes de la capilla y descendían hacia el zócalo que cubría el resto visible de los muros. Las pinturas representaban la historia de San José. Aquí se le veía ocupado como carpintero, allá se encontraba con María y un lirio brotaba de la tierra situada entre ambos mientras que algunos ángeles revoloteaban sobre sus cabezas. Otro fresco representaba la boda, otro la salutación angélica. En otro aparecía San José malhumorado, habiendo abandonado la azuela y pensando en abandonar a su esposa. En el siguiente, sin embargo, se le aparecía el ángel en